

## 1. Barcelona en septiembre

**B**ARCELONA gana mucho en septiembre. Casi toca la perfección. Después del verano pegajoso y húmedo, con su luz excesiva, el otoño ensaya su gama de colores en los parques y sus nostalgias en los corazones. El sol sigue siendo radiante, pero modera sus ardores y no molesta a nadie. Lo decisivo, sin embargo, son las multitudes veraniegas que se esfuman, y la ciudad que de nuevo se torna paseable. No costaría imaginar que algún pícaro ha quitado el tapón de un misterioso desagüe por donde se ha escurrido la pleamar de turistas. Aunque parezca increíble, la invasión nipona de la Sagrada Familia también concluye este mes. Las Ramblas –otro referente inevitable– dejan de ser esa multitudinaria representación de Naciones Unidas y recuperan su identidad catalana. El metro ya no es un hormiguero. Los autobuses ofrecen asientos libres. Y sales a la calle sin temor de avalanchas humanas. Esta misma tarde, sin ir más lejos,

Sofía se ha permitido el lujo de pasear y entrar tranquilamente en varias librerías. Ante el escaparate de La Central, su reflejo le distrae de las portadas. Se ve alta, delgada, morena. Con una nariz chata que ha sido visitada por un inoportuno grano. Con unos labios gruesos que no quieren cerrarse y le hacen sonreír casi por obligación. Con la melena rebelde, a duras penas controlada en una coleta alta.

En el perfil y el movimiento gracioso de esa coleta dicen sus amigos que está la mitad de su personalidad, o al menos de su imagen. Aunque ella no ha bajado hasta La Central para contemplarse en su fachada acristalada como una adolescente. Ha ido a buscar una novela de Thomas Hardy, ese tipo capaz de escribir –sin despeinarse– que una hermosa mañana de enero, cuando la cantidad visible de cielo azul bastaba para que la gente de disposición alegre deseara más, y el sol lanzaba ocasionalmente destellos de plata, el granjero Oak colocó el cordero en una decorosa cesta de domingo y atravesó los campos en dirección a la casa de la señora Hurst, seguido por el perro George, con aire de gran preocupación ante el grave cariz que parecían tomar los asuntos pastoriles.

Una novela de Thomas Hardy para evadirse esta noche hasta que se le cierren los ojos de sueño y logre dormirse sin pensar en lo que le espera mañana: su prueba de fuego como profesora, su primer día de clase en un instituto, versión moderna del circo romano y las fieras. Ella está muy lejos de idealizar ese trabajo. Sabe de sobra que dar

clase es una experiencia fuerte, tan fuerte como traspasar una puerta y convertirse en una indefensa subespecie de la especie humana: profesora. Antes, cuando sus padres se sentaban en un pupitre, dicen que el profesor era alguien. Y que podía ser mucho: una referencia obligada, el centro de atención, una autoridad, casi un oráculo. Ahora, Sofía, experta en literatura española, solo va a ser un loro del sistema educativo, una voz que clama en el desierto mental que cubre el aula. Claro que ella no tiene la culpa. Tampoco sus alumnos, hijos de su época más que de sus padres, criados por esa niñera televisiva experta en banalidades y truculencias, ensordecidos por el rock duro y el tecnojevi, desorientados en el mare mágnun de internet. Llegarán al instituto en moto, coleta al viento, con sus pendientes y sus tatuajes. Ahora que empieza el curso, vendrán del extranjero, de la Costa Brava y del Maresme, después de haber dividido su verano entre la playa y el obligado inglés.

Lectora sobre la cama, la nueva profesora de literatura del Instituto María Moliner no consigue meterse en la campaña inglesa de Thomas Hardy. Para ella solo existe lo que no existe todavía: mañana. Da vueltas a su puesta en escena y entra mentalmente en clase con decisión, avanza hasta la pizarra, mira de frente y saluda con cordialidad a los primeros alumnos de su vida. Hola, chicos. No, chicos mejor no. Hola a secas. Me llamo Sofía Vallés. Os daré clase de Literatura española contemporánea, una de las asignaturas más interesantes del bachillerato. Ya veo que me miráis con escepticismo, pero debo deciros que la literatura

es atractiva casi por definición, pues se empeña en reflejar por escrito la belleza del mundo. El colorido modernista de Rubén Darío y Juan Ramón, por ejemplo. La elegancia castellana de Antonio Machado, sin ir más lejos. El encanto mediterráneo de Marinero en tierra. La grandeza trágica de Lorca, los versos perfumados de Salinas, la melancolía de Delibes, la verborrea de Pla... En fin, nueve meses para estudiar un poco y disfrutar mucho, ya veréis.

PRIMER DÍA. Sofía no ha podido entrar con decisión porque el aula estaba vacía. Y el pasillo lleno. Va acompañada por Mario, el jefe de estudios. Se abren paso entre tanta humanidad apretujada, llegan a la puerta de clase, Mario pega dos voces, gesticula con la autoridad de un guardia de tráfico y se inicia la entrada del rebaño perezoso. Son los abuelos de último curso y se las saben todas.

–¿Quieres que te presente?

–No es necesario, gracias.

Ella también se sabe su papel de memoria: entrar, avanzar hasta la pizarra, corresponder a la sonrisa general de bienvenida y presentarse como quien tiene todo controlado.

–Hola. Me llamo Sofía y soy...

Ya reconoce su primer error: haber empezado a hablar antes de que estén todos en silencio. Mientras queden algunos danzando y cotorreando, nadie te atenderá, le había dicho Mario. Elemental, ¿verdad?

–¡Silencio, por favor!

Segundo error. No subas la voz. No grites, que es peor. También se lo había advertido Mario. ¿Qué hacer, entonces?

¿Disparar al aire? Sofía intenta usar la cabeza y no precipitarse. ¿Por qué no jugamos al desconcierto? Por intentarlo... Así que escribe en la pizarra ¡SILENCIO, PORFA!, se apoya en la mesa, se cruza de brazos, mira al personal con benevolencia y espera.

El que espera, desespera. Pero el refrán, por fortuna, no se cumple en esta ocasión. Porque la clase lee la pizarra, observa a la profesora y capta el mensaje. Varios piden silencio a los demás y todos se van sentando. No son malos chicos, claro que no. Pero cada cosa necesita su tiempo, y Sofía había pretendido hacer crecer la planta tirando de ella hacia arriba. Ahora, en vista del éxito, permanece inmóvil y muda hasta que deja de moverse la última silla y cierra el pico la cotorra del rincón.

–Hola. Me llamo Sofía...

Sí, sí, como la reina, claro. ¡Pero qué chico más gracioso! Parece inquieto y vivaracho, aunque no peligroso, pues se pone colorado como un tomate cuando la profesora le mira fijamente y le pregunta su nombre. Silencio. Sofía repite la pregunta y espera. Tomatito carraspea, traga saliva y consigue tartamudear Ja..., Ja..., Ja..., Javier.

–¿Y tu apellido, guapo?

Quizá se esté ensañando con este pobre chico, pero ya no tiene remedio, pues escucha horrorizada su sucia venganza:

–Pu..., Pu..., Pu...

Sofía no da crédito a lo que escucha. ¿Se atreverá este capullo a escupir ese horrible insulto, y en público? Un escalofrío hace temblar a la profesora desde la coleta a los talones,

y al mismo tiempo siente que está roja de vergüenza. Por lo que va a escuchar y por haber humillado a Ja-Ja-Javier. Todo esto lo piensa, lo siente y lo sufre en dos segundos eternos, el tiempo que dura la venganza de Pu..., Pu..., Pu..., ¡Puigarnau!

¡Ufff! Sofía Vallés respira hondo y se esfuerza en sonreír. Se dice a sí misma que no volverá a sacar los colores a este pobre muchacho, víctima de su timidez. Después –para dejar claro que controla– le aconseja que se relaje y le pregunta si puede empezar la clase sin más interrupciones. Javier, el Incandescente, aprieta los labios y asiente repetidamente con la cabeza. La situación ha sido tensa para ambos y cómica para el resto del grupo.

Ahora empieza de verdad y consigue hablar durante cinco minutos sobre la importancia de este último curso. Apela a la responsabilidad del auditorio. A los diez minutos, marejadilla al fondo de la clase, provocada por el vastísimo temario. A los quince minutos, fuerte marejada a costa del obligatorio cuaderno de apuntes, los comentarios de texto y las faltas de ortografía, donde no habrá piedad. A los veinte minutos a Sofía le queda claro que estos chicos tienen mucho miedo al trabajo y poca capacidad de atención. Cuando la mar empieza a hervir, viene en su ayuda el consejo de Mario. Si quieres controlar a una clase revuelta, lanza una pregunta al alumno más inquieto. Así le frenas. Le obligas a pensar. Y, mientras piensa, cerrará el pico, te atenderá y dejará de incordiar. Más sencillo, imposible.

Sofía ya tiene un candidato: ha descubierto un virus en el fondo de la clase. Alto, rubio, inquieto. Hace comentarios por lo bajo sin apenas mover los labios, y los pupitres cercanos le miran y se ríen. Disimula muy bien, pero es el epicentro de todo lo que se mueve, el animador del cotarro. Veamos cómo responde al antivirus. Sofía está hablando de la importancia de las generaciones literarias del 98 y del 27, a las que dedicarán el primer trimestre. Pero sólo consigue miradas bovinas, que rezuman resignación.

—¿Conocéis a sus integrantes? ¿Los habéis leído?

Nadie responde y todos cuchichean. Se dirige al presunto agitador del fondo.

—¿Conoces algún poeta del 27?

—Sí.

—¿Cómo se llama el que ha escrito *Marinero en tierra*?

—No sé.

—Te doy una pista: su nombre empieza por R y su apellido por A.

—¡Unamuno!

La clase estalla en una breve y sonora carcajada unánime. Sofía piensa que el virus puede ser de cuatro tipos: despistado, sordo, ignorante o vacilón. Supone que será vacilón, pero sabe que no debe juzgar a la ligera. Le mide con la mirada y él mide a la profesora. Ella reconoce que el muchacho ha ganado el primer asalto, y no piensa crisparse por ello. ¿No está para estos casos el arte de encajar? Sonríe. Aquí no ha pasado nada. Pero la peña lo percibe de otra manera, y no es cuestión de defraudar. ¡Claro que ha pasado algo! La profesora debe responder

al desafío de Unamuno, hacer de esa respuesta una cuestión personal y entrar al trapo.

–Te doy otra pista: se llama Rafael. ¿Cómo se apellida?

–Nadal.

Está ante el tonto de la clase o ante su líder natural. Líder, tonto o capullo, parece que le gusta provocar. A ver qué haces ahora, guapa. ¿Qué hago? Pase lo que pase, conservar la calma. Y, si es posible, la sonrisa. Que toda la procesión vaya por dentro.

–Veo que hay buen nivel en esta clase. ¿Conoces la poesía renacentista española?

–Por supuesto.

–Hay un poeta famoso por unas coplas a la muerte de su padre...

El muchacho permanece en silencio y taladra a la profesora con una mirada extrañamente dura.

–¿Sabes su nombre?

Sus compañeros le animan sin palabras. En sus caras se leen las ganas de jolgorio a costa de la novata. Vamos, colega, tienes que mantener el desafío. Al cabo de una larga pausa, el muchacho se relaja y responde.

–Bueno..., su padre se murió y él lo sintió muchísimo.

–¿No se llamaba Jorge?

–Creo que sí.

–Muy bien. ¿Y se apellidaba?

–Supongo que Valdano.

La clase ya es un circo y Sofía quiere rendirse. Reconoce que está haciendo el ridículo ante un agitador profesional. ¿Se irá del aula con un portazo y amenazas? ¡Claro que no!

Eso sería perder los papeles, reconocer abiertamente la derrota. Además, con esa táctica del avestruz, dejaría claro que es muy vulnerable, y sería el principio del fin. Sofía prefiere otorgar otro sentido a este pulso. Bien puede imaginar que el agitador veterano y la profesora novata han entendido perfectamente sus papeles y los están bordando. Se podrían odiar a muerte el primer día, pero en realidad se miran con simpatía porque, sin buscarlo, se han visto ambos haciendo teatro, interpretando una comedia ligera en el inicio mismo del duro comienzo de curso.

–Por cierto, Unamuno, ¿cómo te llamas?

–Nacho.

–Pues encantada de conocerte, Nacho.

–Gracias. Igualmente.